

Guerra y propaganda en la Cataluña de 1635-1659

JAIME REULA BIESCAS

1. ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

El presente artículo pretende dar a conocer a los lectores del *Anuario* el resultado de una labor de investigación realizada por un historiador modernista que ha tratado de aproximarse al ámbito de la historia de la comunicación social, específicamente a la historia de la propaganda de guerra¹. Ante todo he de mostrar mi agradecimiento a quienes han hecho posible su publicación, particularmente a Alejandro Pizarroso, y pedir excusas, del mismo modo, a unos lectores que, profundamente familiarizados con una parcela de conocimiento para mí nueva, van a tener que sufrir el que un recién llegado les hable con pretensiones de suficiencia.

Dicha investigación ha querido ser un estudio de la propaganda de la guerra franco-española de 1635-1659, particularmente de la impresa, a través de fuentes catalanas. Nuestra decisión de centrarnos en un fondo documental que contiene ante todo referencias a la historia del Principado (la colección de los folletos *Bonsoms* de la barcelonesa Biblioteca de Cataluña), radicó en la intuición de lo enriquecedor que podría resultar (como así ha sido) el estudiar la propaganda bélica del reinado de Felipe IV no sólo desde el prisma oficial de la producida bajo los auspicios de la corte, sino también dejando sentado que existió entre los vasallos de aquel monarca un grado de impermeabilidad hacia tales mensajes susceptible de cua-

¹ Me estoy refiriendo a una tesis de licenciatura que, bajo el título de *Guerra y propaganda en la España de Felipe IV: el caso de Cataluña (1635-1659)*, fue leída en febrero de 1993 ante el Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Barcelona

jar en una actividad persuasiva diferenciada en caso de llegarse a una ruptura política como la que, protagonizada por Cataluña en 1640, marcaría el inicio de lo que ha dado en llamarse la *Guerra de los Segadores*.

Un enfoque surgido de la diversidad resulta, pues, enriquecedor. De todos es sabido que la propaganda es un proceso comunicativo con finalidad persuasiva. El emisor busca la identificación del receptor con un mensaje como paso previo a que éste modifique su conducta en el sentido deseado por aquél. Pues bien, la comprobación de que en la Cataluña de 1635-1659 varían las identidades del emisor (la monarquía española o la francesa, las instituciones catalanas) y de los receptores (elites dirigentes, estratos populares, miembros del propio bando o del ajeno...), así como el canal elegido para inocular el mensaje (la imprenta, el púlpito, el rumor...) y los fines pretendidos (movilización armada, aceptación de alojamientos o impuestos, instigación a la rebelión...), puede ofrecernos diversas vías de penetración y análisis de un fenómeno, la utilización de la propaganda como arma de guerra, que ése sí, como trasfondo omnipresente, responde a una voluntad firme, consciente e indeleble de los poderes enfrentados.

De entre el *corpus* documental atesorado en la citada colección (para el período que nos ocupa, novecientos impresos², generalmente de corta extensión, salidos casi siempre de las estampas barcelonesas) dos clases de folletos tipológicamente bien definidos han centrado nuestro interés: los de carácter polémico y las hojas de noticias (*relaciones* de hechos y gacetas). Los primeros pueden llegar a ser auténticos tratados de hasta cuatrocientas o quinientas páginas, los segundos son folletos breves (dos o cuatro hojas generalmente) y de lenguaje sencillo. Los primeros buscan en las fuentes del Derecho, la Historia, la Política o la Teología una apoyatura argumental capaz de legitimar la causa defendida, los segundos recurren a la presentación tendenciosa de una información censurada. Difieren, pues, tanto en sus características formales y estilísticas como en el tipo de utillaje ideológico-propagandístico utilizado. Coinciden, no obstante, en ser fruto de una época de guerra y en poseer una clara intencionalidad persuasiva. Se trata de un tipo de documentación que, por su misma naturaleza, quizás sea de poco valor a la hora de ceñirse a la verdad histórica, de establecer con objetividad los hechos de aquel conflicto tal como acontecieron. Pero dejarla de lado (como en gran medida han hecho los historiadores que se han ocupado del periodo) equivale a sumir en la sombra un fenómeno

² Aquellos de estos impresos que en sentido lato o estricto pueden ser considerados como manifestaciones de propaganda de guerra (un total de 559) los hemos contabilizado en las tablas que figuran al final de estas páginas, desglosándolos por tipos o temas, origen patrocinador, lengua, año y lugar de impresión (dato, este último, que se limita a indicar cuáles no son de origen barcelonés). Por lo insignificante de su número, omitimos los no susceptibles de clasificación (por carecer de año de impresión y no habernos sido posible determinarlo, etc.).

que adquiere, ya en el XVII, una relevancia más que notable. Unos mensajes que se pretendió que fueran vividos cotidianamente merecen la atención de todo aquel que sea consciente de que la historia se escribió, y se escribe, día a día.

2. EVOLUCIÓN BÉLICO-POLÍTICA Y LUCHA PROPAGANDÍSTICA

En mayo de 1635 Francia declaraba la guerra a España. Tras años de hostilidades larvadas, se iniciaba un conflicto en que iba a dilucidarse la hegemonía europea. Como complemento de la acción bélica, ambas monarquías pondrían en marcha sus aparatos propagandísticos. Con el *Manifiesto o declaración del rey de Francia sobre el rompimiento de la guerra con el rey de España* (6 de junio)³ Francia pretendió justificar ante Europa la ruptura de las hostilidades como necesidad insoslayable de una nación presuntamente amenazada en su supervivencia por la preponderancia de la Casa de Austria. Un manifiesto que concluía con una incitación a la rebelión contra Felipe IV dirigida a los Países Bajos españoles, objetivo inminente de un ataque conjunto franco-holandés. A cambio de ver desvanecerse de su frontera septentrional la amenaza española, Francia decía comprometerse a garantizar a los flamencos la soberanía política y el respeto de su religión católica.

La réplica española había de ser rápida, en el terreno de la acción y en el de la persuasión. En uno y otro, España ganaría la partida en aquella campaña. La invasión se saldaría con un estrepitoso fracaso. Los procedimientos del ejército franco-holandés vendrían a demostrar a los flamencos que las promesas de Francia eran engaños⁴. El saqueo de la villa de Tillemont (9 de junio), con su estela de atrocidades y actos sacrílegos, iba a brindar a la propaganda española el mejor de los argumentos. Gracias en gran medida a lo sucedido allí, los polemistas al servicio de España (Quevedo, Cornelio Jansenio, Saavedra Fajardo, Céspedes y Meneses, Pellicer, etc.) podrían esgrimir ante la Europa católica la tradicional idea de que la monarquía hispánica luchaba para defender el catolicismo⁵. Podrían exhortar a los franceses a la inobediencia contra un gobierno, el del cardenal Richelieu, que sacrificaba su

³ Sobre el mismo vid. JOVER, José María: *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, CSIC, Madrid, 1949, pp. 71-81.

⁴ Cfr. *Respuesta de un vasallo de su majestad de los estados de Flandes a los manifiestos del rey de Francia* (traducción del francés), herederos de la viuda de Pedro Madrigal, Madrid, 1635, 11 págs. (BC —Biblioteca de Cataluña—, folleto Bonsoms n° 28).

⁵ El *Marte francés*, obra de Cornelio Jansenio (obispo de Yprés que escribiría en defensa de España), puede citarse como ejemplo paradigmático de esta corriente argumental. Publicado en latín y francés, la edición castellana vería la luz en 1637 (Imprenta real, Madrid, 223 fols. —BC, f. Bon. 33—).

bienestar a objetivos bélicos ilícitos⁶. Podrían, finalmente, preparar psicológicamente a los vasallos de Felipe IV, particularmente a una Castilla en regresión demográfica y económica, para el sacrificio en aras de una causa justa.

Mientras tales publicistas intentaban crear un ambiente ideológico favorable a que la monarquía lograra nuevas alianzas o consolidara las existentes, mientras trataban de desacreditar a Richelieu tanto dentro como fuera de Francia, era alimentada en España la expectativa de la victoria. Y ello merced a la publicación de relaciones de hechos que basaban su acción persuasiva en la presentación parcial de una información destinada a un consumo interno y a un público potencialmente muy amplio. El gobierno español aprovecharía del interés suscitado por los hechos bélicos que se estaban desarrollando en Europa para, sometiendo las noticias a la censura previa⁷ o bien, más frecuentemente, convirtiéndose en el suministrador a una serie de impresores de la información de primera mano que le llegaba de los frentes, convertir tales relaciones en una forma de propaganda. Los mensajes de las hojas de noticias madrileñas, reimpresos en Zaragoza, Sevilla o Barcelona, servirían para ocultar las propias derrotas y airear las victorias, divulgar historias de heroísmo protagonizadas por los propios soldados y vasallos o crear la ilusión de una victoria final próxima, para, en suma, mantener alta la moral del propio bando.

Los catalanes, como el resto de súbditos de Felipe IV, vinieron recibiendo desde 1635 los mensajes de la corte. De las imprentas barcelonesas de Gabriel Nogués o de los Matevat salieron los papeles que justificaban que España estaba luchando por garantizar la paz europea y por evitar los progresos de quienes, por acción u omisión, favorecían el auge de la herejía a costa del catolicismo. En ellas vieron la luz pública las relaciones que narraron las victorias de la campañas de 1635-1636, el levantamiento del sitio de Fuentesrabía (1638) u ocultaron que, ya por este último año, la balanza de la guerra empezaba a inclinarse del lado de Francia. Dado que el idioma empleado en estos impresos, el castellano, difiere del único comprendido entonces por la gran mayoría de la población del Principado, el catalán, hemos de suponer que sus consignas buscaban ante todo la identificación de una élite dirigente lingüísticamente castellanizada con la causa de Felipe IV, su aquiescencia ante la intención gubernamental de poner los recursos humanos y financieros de Cataluña al servicio de la lucha con su vecino septentrional. Llegada la guerra a tierras catalanas, no obstante, se haría evidente la falta de entendimiento entre las instituciones catalanas y el rey. Recuperado el

⁶ Cfr. *Respuesta al manifiesto de Francia enviada al rey Cristianísimo por uno de sus más fieles vasallos*, Sebastián y Jaime Matevat, Barcelona, 1635, 15 fols. (BC, f. Bon. 5934).

⁷ Desde 1627 (Real Cédula de 13 de junio) la censura gubernativa ejercida sobre los libros se había extendido a los papeles de corta extensión y, por tanto, a las hojas de noticias, género nuevo, de gran éxito y potencialmente muy peligroso para el poder político. Vid. CENDAN PAZOS, Fernando: *Historia del derecho español de prensa e imprenta (1502-1966)*, Editora Nacional, Madrid, 1974. Particularmente las pp. 40, 49-51 y 82.

principal bastión del sistema defensivo de la frontera del Rosellón con Francia, la fortaleza de Salses (6 de enero de 1640), Olivares consideraría que los catalanes no habían colaborado lo suficiente con los tercios reales, los catalanes que sólo su esfuerzo había hecho posible la victoria. Las manifestaciones impresas para celebrar aquel hecho hablan bien a las claras de tal dicotomía. La autoridad virreinal patrocinaría panfletos en alabanza del valor de las tropas del rey, mientras que Barcelona ponderaría la presteza en movilizarse y el arrojo de los catalanes a través de unas manifestaciones de autojustificación política incipientemente independientes, preludio de las de 1640.

El 7 de junio de 1640 caía asesinado en Barcelona el conde de Santa Coloma, virrey de Cataluña. Era la culminación de la rebelión campesina contra los tercios alojados en el Principado tras la campaña de Salses y el inicio de la ruptura política con Madrid de una oligarquía dirigente que intentaría canalizar el estallido hacia la defensa de unas libertades amenazadas por la política de Olivares. Un conflicto condenado a durar doce años, la *Guerra de los Segadores*, daba comienzo. La primera acción bélica de envergadura no tendría lugar hasta principios de 1641, cuando, puesta Cataluña bajo la obediencia de Luis XIII, el ejército «pacificador» enviado por el Conde-Duque sería derrotado por franceses y catalanes a la vista de Barcelona (batalla de Montjuic, 26 de enero). La actividad propagandística desplegada por ambas partes, no obstante, sería mucho más precoz. Con el dominio político de Cataluña, Felipe IV había perdido el de las imprentas. La Diputación y el Consejo de Ciento sabrían valerse de ellas. Para justificar teóricamente la legitimidad del alzamiento. Para incitar a los catalanes a una actitud de resistencia activa contra el ejército invasor, con papel impreso, pero también a través de una hábil utilización del púlpito y el rumor. Para demostrar que los mensajes que durante años habían estado llegando al Principado no habían calado. Para protagonizar una tentativa periférica de agitación contra el gobierno. «*Pueblo idiota es seguridad del tirano*»⁸, había escrito Quevedo. Si lograban informar al resto de los súbditos de Felipe IV de cómo se estaba sacrificando su bienestar a una política exterior descabellada, los catalanes habrían dado un gran paso de cara a lograr su principal objetivo de aquel momento: la caída de Olivares del poder y la reorientación política de una monarquía demasado castellanizada. Para ello denunciarían que la monarquía se veía despoblada y empobrecida en una guerra infructuosa y que ni siquiera la defensa de la fe era un pretexto válido si, como había ocurrido en Cataluña (Riudarenes y Montiró, mayo de 1640), los propios tercios del rey Católico saqueaban e incendiaban los templos⁹.

⁸ Citado por MARAVALL, José Antonio: *La oposición política bajo los Austrias*, Ariel, Barcelona, 1972, p. 50.

⁹ La *Proclamación Católica* de Gaspar Sala (Sebastián y Jaime Matevat, Barcelona, 1640, 145 págs. -BC, f. Bon. 5229-) y la *Noticia Universal de Cataluña* de Francisco Martí y Viladamor (s. d. [Barcelona, 1640], 208 págs. -BC, f. Bon. 76-) son los mejores exponentes de la propaganda catalana de este momento.

Mientras tanto, Alonso Guillén de la Carrera¹⁰ y Francisco de Rioja¹¹, publicistas patrocinados por Olivares, trataban de provocar entre quienes habían de cargar con el peso de sofocar la revuelta (los habitantes de la corona de Castilla) una actitud favorable ante el nuevo esfuerzo. Sin duda era necesario persuadir a quienes formaron parte del ejército enviado a Cataluña de que aquella guerra no era consecuencia de un descontento legítimo ante los posibles errores del gobierno y sí fruto de la traición injustificable de unos vasallos tradicionalmente insensibles a las dificultades de Castilla. Por otra parte, con los mensajes dirigidos a los catalanes, se trataba de facilitar el avance al ejército. Asegurando que el rey sólo pretendía restablecer el orden y su autoridad y prometiendo lo que los hechos desmentirían, que las tropas del marqués de los Vélez avanzarían en paz. Precediendo a la entrada de éstas en Cataluña y al inicio de su marcha hacia el norte (23 de noviembre de 1640), eran hechos aparecer en Barcelona los panfletos que divulgarían tales ideas.

Consumada la sumisión catalana al Cristianísimo monarca francés, el Principado se convertirá en territorio en disputa entre Francia y España en el marco de la *Guerra de los Treinta Años* y en campo de batalla de la acción persuasiva de ambas monarquías. La propaganda patrocinada por las instituciones del Principado perderá su personalidad propia para ir diluyéndose en lo que con más propiedad hemos de denominar como propaganda de Francia en Cataluña. Mientras, desde el exterior, o desde las plazas que las tropas españolas controlan (Tarragona, Tortosa, etc.), los realistas lanzarán mensajes destinados a dividir a los catalanes, instándolos al retorno a la obediencia de Felipe IV.

1641 y 1642 son años de ofensiva militar contra España en el frente catalán. Francia intenta poner al servicio de la misma los recursos humanos y financieros de Cataluña. Para eliminar reticencias ante el esfuerzo su acción persuasiva, enmascarando los fines perseguidos (la conquista de Perpiñán y la anexión del Rosellón, ante todo), presenta a la colectividad catalana como la principal beneficiaria del empeño bélico. Por una parte, tratan de paliarse las primeras muestras de resistencia popular ante la presencia de tropas francesas en el Principado a través del recurso al miedo. La supervivencia física de todos los catalanes, se pretende hacer creer con calculada premeditación en panfletos como los *Secretos públicos* de Gaspar Sala¹², está ame-

¹⁰ Autor de *La Justificación Real*, s. d. [Madrid, 1640], 4 fols. (BC, f. Bon. 5248) y de «*La estrecha amistad que profesamos...*», s. d. [Madrid, 1640], 10 fols. (BC, f. Bon. 52).

¹¹ Autor del *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*, s. d. [Madrid, 1640], 66 fols. (BC, f. Bon. 11321).

¹² En este opúsculo (s. d. [Barcelona, 1641], 3.ª edición —castellana—, 46 fols. —BC, f. Bon. 2181—), Gaspar Sala, hábil publicista y francófilo convencido, traería a colación el testimonio de Bartolomé de las Casas, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (obra cuya primera reimpresión española tras la edición de 1552 se llevaría a cabo precisamente en la Barcelona de 1646), en demostración del presunto trato reservado por Castilla a los pueblos sometidos. Téngase presente que las dos primeras ediciones de los *Secretos...* vieron la luz en lengua catalana.

nazada en caso de perderse la guerra, pues Castilla, imagen antagónica de una Francia protectora, alberga siniestros planes de sujeción del Principado. Se habla de una voluntad asimilista histórica, se recuerda la reciente invasión (y en particular la matanza de prisioneros que el ejército de los Vélez había perpetrado en Cambrils —15 de diciembre de 1640—)...

Por otra parte, se intenta fortalecer en el seno del bando francófilo la fe en la victoria. Para ello se imprimen panfletos que, producidos clandestinamente en Castilla por la oposición aristocrática al gobierno de Olivares, reflejan el derrotismo, el descontento y el agotamiento de un pueblo oprimido por el mal gobierno. Un descontento que, se da a entender, ha de redundar en perjuicio de la estabilidad política del reino rival y que se intenta atizar con mensajes de agitación dirigidos a los súbditos leales de Felipe IV¹³. El triunfalismo generado entre los partidarios de la causa franco-catalana por las victorias de las armas de Luis XIII intenta ser contagiado a los sectores populares a través de relaciones y gacetas, redactadas en lengua catalana y férreamente censuradas. Cuando un impresor como Jaime Romeu trate de poner en marcha una iniciativa informativa particular de la guisa de su *Gazeta*¹⁴ tendrá que ceñirse al criterio de quienes establecían qué debía ofrecerse a los lectores y qué omitirse.

El bando felipista, por su parte, forzado por la realidad de su impotencia bélica, otorgará una importancia creciente a la persuasión, fiada cada vez más a la pluma de catalanes exiliados¹⁵, como modo de lograr la recuperación de Cataluña. Por una parte, se intenta demostrar que son infundados los temores esparcidos por la propaganda francesa. Que Felipe IV no pretende ejercer acción represiva alguna ni sobre la identidad jurídica de Cataluña ni sobre la integridad física de sus habitantes es una idea que, además de plasmarse una y otra vez en papel impreso, se explicita en propaganda por los hechos (juramento reiterado de las leyes catalanas en la Lérida recién reconquistada —agosto de 1644—, liberación de prisioneros catalanes...). Por otra, en un intento de hacer desembocar el creciente descontento catalán en una actitud de resistencia activa, son denunciadas las arbitrariedades del ejército de ocupación francés (violación de las leyes, alojamientos de tropas, represión...) y desenmascaradas las ocultas intenciones de Francia (anexión de

¹³ Como la *Relación de las causas que obligan a la Casa de Austria a pedir paces al...rey de Francia...en la ciudad de Munster en el año 1642* (BC, f. Bon. 5960, 8 fols.), violenta diatriba contra la Casa de Austria, a la par que descripción descarnada de la penosa situación de la monarquía, cuyo pie de imprenta otorga la autoría a José Pellicer de Salas y Tovar, Cronista de Felipe IV, y la impresión, realizada «*Con licencia de los superiores*», al madrileño Alonso Pérez. La inverosimilitud de estos datos nos induce a pensar que pueda tratarse de un libelo de origen barcelonés con su filiación falseada por ir destinado al público castellano.

¹⁴ *Gazeta*, Jaime Romeu, Barcelona, 1641, 8 págs. (BC, f. Bon. 100).

¹⁵ Tales como Ramón Dalmau de Rocabertí (autor de *Presagios fatales del mando francés en Cataluña*, Pedro Lanaja y Lamarca, Zaragoza, 1646, 171 págs. —BC, f. Bon. 150—) o Alejandro de Ros (*Cataluña Desengañada*, Egidio Longo, Nápoles, 1646, 512 págs. —BC, f. Bon. 149—).

la Cataluña ultrapirenaica). Se pretende dejar sentado que Francia y sus partidarios, no Castilla o su rey, son los verdaderos enemigos de Cataluña.

Bajo Luis XIV (Luis XIII muere en mayo de 1643) el deterioro de la causa francesa en Cataluña se acentúa. Francia pierde apoyos en el seno de la clase dirigente catalana y ha de afrontar la permanente agitación campesina contra unos alojamientos de tropas cada vez más gravosos. Además, la suerte de las armas, dada la prioridad otorgada por París a otros frentes bélicos, comienza a ser favorable a España. La persuasión francesa intentará paliar tales realidades a través de una acción de carácter eminentemente defensivo. Se intenta contrarrestar el creciente eco logrado entre los catalanes por los argumentos realistas mediante el fomento reiterado del miedo a las represalias. Se oculta a los miembros del partido francófilo el que Francia está negociando con España la devolución de Cataluña¹⁶. Se trata de mitigar el derrotismo que cunde ante el avance de las tropas de Felipe IV mediante gacetas en que, a falta de éxitos en el frente catalán, son ponderadas las victorias obtenidas por Francia en otros escenarios de guerra y que presuntamente habían de suponer una disminución del empuje enemigo en Cataluña. Se pretende, en suma, evitar que desfallezca la resistencia catalana y prolongar la sangría económica y humana que Cataluña estaba padeciendo en beneficio de los intereses de la política exterior francesa. Con todo, en los cuatro o cinco últimos años de la *Guerra de los Segadores*, se agudiza de tal modo la descomposición de la causa francófila que su acción persuasiva experimenta una evidente inhibición. De 1650 data, que sepamos, el último panfleto que habla de que la guerra todavía puede ganarse si los catalanes no desfallecen en el propósito de conseguirlo.

Contrariamente, las relaciones impresas en Madrid, Sevilla, Zaragoza o Valencia, comienzan a poder ofrecer relatos de heroísmo y victoria con que hacer olvidar a los vasallos de Felipe IV las penurias del esfuerzo bélico y con que suscitar la esperanza de una pronta recuperación de Cataluña. En 1652, finalmente, llegará del frente catalán la noticia de la reconquista de Barcelona. Las imprentas barcelonesas podrán volver a ser puestas al servicio de los objetivos de la monarquía hispánica¹⁷. Para airear los testimonios que hablaban de las tropelías cometidas por los franceses durante la ocupación, particularmente en lo tocante a su comportamiento con la

¹⁶ Mediante la difusión impresa (previa traducción al catalán) de la correspondencia dirigida a diputados y *consellers* en que el monarca francés, o bien altos personajes de su entorno, dan toda clase de garantías acerca de su desvelo por la provincia.

¹⁷ En marzo de 1653 don Juan José de Austria, conquistador de Barcelona y virrey en la Cataluña reintegrada a la monarquía hispánica, prohibía la impresión de libros o papeles no «vistos, reconocidos, corregidos y enmendados» previamente por orden suya. Quien tal norma contraviniese padecería 30 días de cárcel y la confiscación de lo impreso, mientras que el impresor que posibilitase la contravención permanecería 60 días en prisión y perdería prensa y demás instrumentos tipográficos. Vid. *Edictes e crides fetes i publicades per manament de ... don Juan de Austria*, José Forcada, Barcelona, 1653, cap. LIIII, s. p. (BC, f. Bon. 7691), 18 fols.

Iglesia y sus ministros, y pintar la conquista con tintes de «liberación». Para suscitar entre los catalanes la veneración hacia un monarca que el 3 de enero de 1653 confirmaba los privilegios y ratificaba el «perdón de los catalanes». Para dar una imagen de normalidad en una Cataluña presuntamente congraciada con el rey y de nuevo identificada con los fines trascendentes de la monarquía. Para intentar contrarrestar los mensajes con que Francia, en los años que transcurrieron hasta la firma de la paz de los Pirineos (1659), instaría a los catalanes a retomar la actitud de 1640.

3. TRASCENDENCIA DEL FENÓMENO PROPAGANDÍSTICO EN LA CATALUÑA DE 1635-1659

Con lo que venimos de decir tenemos la esperanza de que el lector se haya situado en el contexto histórico en que dos monarquías enfrentadas, la francesa y la hispánica (así como las instituciones catalanas, si bien con una independencia de criterios efímera —1640-41—) recurren a la utilización de mensajes impresos con finalidad bélica. Madrid y París se disputan el apoyo de los catalanes, acudiendo al auxilio de la persuasión propagandística de manera sistemática y con la esperanza de lograr una repercusión «masiva».

En el presente apartado pretendemos ofrecer algunos de los testimonios que hablan bien a las claras de la importancia otorgada a tal acción persuasiva por los poderes patrocinadores, a la par que muestran la expresa voluntad de que los mensajes llegaran a ser conocidos (y, por tanto, se hicieran capaces de crear lealtades) que los mismos demostraron. Veamos un primer ejemplo. A principios de septiembre de 1640 salía a la luz pública la *Proclamación Católica*, el principal de los papeles en que las instituciones catalanas ofrecieron su versión de los hechos que culminaron en la muerte del virrey. De la aceptación o rechazo de los argumentos allí esgrimidos por parte de Felipe IV (a quien va dedicada la obra) dependía el que los catalanes fuesen o no considerados como rebeldes. De la presentación ante Europa de la propia actitud como consecuencia lógica de la falta de respeto del gobierno hacia las leyes y libertades de Cataluña y de las tropelías cometidas por los tercios alojados, dependía la condena o el beneplácito internacional y la posibilidad de contar con apoyos exteriores en una guerra que se cernía inexorable sobre el Principado. Y así, es significativo constatar que de la Proclamación «se enviaron muchos ejemplares a todas las partes del mundo donde conviene que se conozca y los diputados y consellers procuraron que estos papeles se difundiesen todo lo posible y que las naciones extrañas llegasen a tener noticia de las materias que trataban»¹⁸. Los distintos

¹⁸ Fragmento del dictario de la Junta de Brazos convocada por Pau Claris que extraemos y traducimos de la transcripción realizada por RUBI, Basili de: *Les Corts generals de Pall Claris*, editorial Rafael Dalmau, Barcelona, 1976, p. 188.

agentes y embajadores de la Diputación que en la transición de 1640 a 1641 trabajaron para ganar aliados a la causa catalana recibirían ejemplares de este y otros folletos como auxiliares en su labor. A Jacinto Sala, por ejemplo, que en febrero de 1641 partía hacia Portugal con la misión de solicitar a Juan IV de Braganza ayuda económica para Cataluña, Pau Claris le ordenaría no tratar del auxilio sin antes asegurarse de que los papeles impresos que se le entregaban eran conocidos en la corte lisboeta¹⁹. La voluntad de difusión amplia de la *Proclamación*, en fin, parece evidente, como lo prueba también el hecho de que, pese a haber sido la primera edición de nada menos que tres mil ejemplares, antes de finalizar aquel año de 1640 ya hubieran salido de las prensas barcelonesas otras dos, a las que vendría a sumarse una cuarta en 1641 (todas, además, en la lengua mejor conocida en los círculos cultos y cortesanos de la época, la castellana)²⁰.

Una obra, decimos, de la que se pretendió una divulgación todo lo amplia a que pudiese dar lugar el hecho de ir destinada a círculos selectos. Cuando se trata de mensajes dirigidos a los estratos sociales inferiores (y, por tanto, de repercusión potencialmente «masiva») el afán por darlos a conocer es, si cabe, mayor. En los días en que la *Proclamación* salía de la imprenta la clase dirigente catalana intentaba encauzar la violencia popular en beneficio de determinados fines políticos. Eliminados o puestos en fuga los tercios, la animosidad popular desatada había tomado tintes de confrontación social (ataques a los ricos y oligarquías urbanas exclusivistas), generando una peligrosidad que era necesario neutralizar y reorientar hacia la movilización contra la invasión en ciernes. En los meses que siguieron al asesinato del virrey se recurriría al púlpito y a un muy activo bajo clero en busca de exaltar el sentimiento religioso en contra de los tercios «sacrílegos», a la propagación de rumores que hablaban de movimientos de tropas²¹ o de los milagros con la que la Providencia habría expresado su pesar por la quema de las iglesias de Riudarenes y Montiró²², a la fijación

¹⁹ Cfr. PÉREZ SAMPER, M.^a *Angels: Catalunya i Portugal el 1640*, Curial, Barcelona, 1992, pp. 289-290.

²⁰ En 1641 verían la luz, igualmente, dos ediciones en francés de la *Proclamación* (en Rouen y Amsterdam), una en portugués (Lisboa) y otra en flamenco (Amsterdam).

²¹ Hemos encontrado constancia de la circulación, con posterioridad a la muerte de Santa Coloma, de falsos rumores que hablaban de grupos de soldados que se desplazaban robando y degollando catalanes, hombres, mujeres y niños (vid. *Manifestació verdadera de la justificació dels actes ab què ha prosseït... la ciutat de Balaguer en orde a les fortificacions i custodia d'ella*, s. d. [1640], 2 fols. —BC, f. Bon. 5233—). ¿Pudo tratarse de mensajes inoculados desde arriba con el fin de desviar la atención de las bandas armadas rebeldes hacia objetivos que no supusiesen amenaza alguna para la clase dominante, así como con el de mantener a la población en un estado de animosidad anticastellana susceptible de transformarse en resistencia ante la invasión consumada en noviembre de 1640? Así lo hemos considerado en el texto que ha dado pie a esta nota, pero hemos de remarcar que únicamente a modo de hipótesis.

²² En dos papeles manuscritos, el *Caso horrendo y portentoso digno de llorar agora sucedido* (BC, f. Bon. 6136, 5 fols.) y la *Copia de una carta escrita por el obispo de Girona fra don Gregorio Parcero a su majestad* (BC, f. Bon. 6137, 4 fols.), puede hallarse el relato de tales milagros.

de carteles cuyos mensajes en verso instaban a la resistencia armada e intentaban crear un ambiente favorable a la alianza francesa²³. La manipulación de la religión, la identificación de un único enemigo a batir, el verso como mejor forma de inoculación de mensajes entre masas de cultura oral aparecen como recursos persuasivos ya en los primeros momentos de la revuelta catalana, prefigurando la utilización sistemática que de ellos, y otros, habría de hacer la propaganda impresa de Francia en su empeño por llegar a «*todos los catalanes, hombres y mujeres, viejos y niños*»²⁴.

Lo mucho que fiaría Felipe IV en la persuasión a la hora de recuperar el dominio de Cataluña habla igualmente de la conciencia con que se apeló a la acción propagandística. Fracasada la vía de la fuerza y en las semanas que siguieron a la derrota de Montjuic, el monarca hispano recurriría a un desesperado intento de negociación que, ante la firmeza de las autoridades franco-catalanas en impedir que los portadores de las cartas que ofrecían el perdón llegasen a Barcelona, se saldaría con un rotundo fracaso. Consumado éste, Felipe IV delegaría en sus generales la misión de perseverar en tal política conciliadora. Así, las plazas en poder de las tropas españolas una vez consolidada la presencia francesa en el Principado se convertirán, especialmente Tarragona, Tortosa y Rosas (así como Lérida, cuando sea reconquistada)²⁵, en lanzaderas de las consignas felipistas, vieniendo a sumar a su carácter de amenaza militar el de peligro ideológico para el bando franco-catalán. Desde ellas los catalanes serán bombardeados sistemáticamente con mensajes que les recuerdan las vejaciones que soportan de Francia y que Felipe IV, que está predispuesto al perdón, les ofrece el amparo de sus armas a cambio de una actitud de abierta rebeldía contra los ocupantes. Como aquellos versos que, a finales de abril de 1641, eran hechos llegar desde Rosas a manos de soldados catalanes a través de una carta con el siguiente sobrescrito: «*Al que me tope le pido/ que me lleve a Barcelona/ porque importa a la corona/ el restaurar lo perdido*»²⁶. Un papel éste que no alcanzaría su objetivo, a diferencia de otros como el que, impreso en lengua catalana, aparecía en las calles de Barcelona el 25 de marzo de 1642 para presentar el ejemplo de Tortosa y Tarragona (poblaciones catalanas ocupadas por los tercios felipistas) en demostración de que el miedo a la venganza era infundado²⁷. El gobernador de Tarragona re-

²³ Por ejemplo, el aparecido el 19 de septiembre de 1640 a las puertas de la Diputación (BUB —Biblioteca Universitaria de Barcelona—, manuscrito n.º 211, fo. 58v.).

²⁴ SALA, *Secretos públicos*, cit., s. p.

²⁵ El bando felipista hace gala de una diversificación geográfica de los centros emisores de mensajes de la que carecerá el franco-catalán, sometido al centralismo informativo de los poderes residentes en Barcelona.

²⁶ BC manuscrito n.º 2073, fo. 58

²⁷ BC, ms. 506, ff. 242-247. Se trata de una copia manuscrita de un papel impreso en Tortosa en febrero de 1642 y que sería traducido al castellano y publicado en Madrid bajo el título de *Manifiesto que hizo Tarragona sobre persuadir al Principado sus quietudes*, Catalina de Barrio y Angulo, Madrid, 1642, 2 fols. (BC, f. Bon. 7689).

cordaba a los diputados de Cataluña (a finales de 1643) que no tenía sentido preferir una ocupación opresiva a la protección de un monarca deseoso de proporcionar a sus vasallos la paz y de garantizarles el respeto de sus privilegios²⁸.

La reconquista de Lérida por las tropas españolas (30 de julio de 1644), hecho crucial que marcaría un cambio decisivo en la suerte del conflicto, nos ofrece otro ejemplo de lo enconadamente que se luchó con la persuasión en la *Guerra de los Segadores*. La rendición de la plaza, que había sido precedida de la difusión de panfletos en que el rey insistía en el perdón general otorgado (y hecho circular impreso) a principios de 1642²⁹, daría pie a una serie de actos simbólicos con que se pretendió hacer patente a ojos de los catalanes lo infundado de los temores esparcidos por las autoridades franco-catalanas. Entre ellos uno destacaría por su significación: Felipe IV, que se había desplazado a la frontera aragonesa para supervisar y alentar la marcha de las operaciones bélicas, entraría en la ciudad (7 de agosto) y prestaría solemne juramento de respetar las constituciones catalanas (21 de tal mes), del mismo modo como lo había hecho, aunque con retraso (1626), al inicio de su reinado. Un acto superfluo desde el punto de vista constitucional (Felipe IV, no habiendo renunciado a su condición de rey de los catalanes, repetía la ceremonia destinada a conferir tal dignidad), pero de enorme potencialidad persuasiva, con el que el monarca español venía a demostrar que deseaba, además de vencer, convencer.

Ni a los miembros del partido francófilo ni a la corte de París se les escaparía la trascendencia de los hechos que habían tenido por escenario a Lérida. Por una parte, del entorno del rey lloverían sobre los consistorios barceloneses inflamados mensajes (cartas que serían impresas para una mayor difusión) en que se prometía el pronto envío de refuerzos y se garantizaba la recuperación de la ciudad en breve plazo. Sin duda era necesario paliar la desmoralización de los propios partidarios en el Principado y que decayese el esfuerzo que estos estaban haciendo por movilizar recursos contra Felipe IV. Por otra, los propios diputados se apresurarían a hacer llegar mensajes de tranquilidad a las autoridades municipales de las distintas poblaciones de Cataluña. Se advertía en ellos de la conveniencia de hacer oídos sordos a los engaños de la propaganda enemiga, a la par que se aseguraba que, habiendo prometido el rey el envío de refuerzos, la suerte de las

²⁸A los muy ilustres y esclarecidos diputados, eclesiástico, real y militar, del inclito Principado de Cataluña, el duque de Toralto, gobernador de las armas de Tarragona (29-X-1643), s. d., 2 fols. (BC, f. Bon. 131).

²⁹Perdón de Felipe IV a los catalanes (Zaragoza, 25-IV-1644), s. d., 2 fols. (BC, f. Bon. 7693). Un ejemplar de este folleto sería hecho llegar a mediados de mayo a las autoridades municipales de Lérida por don Felipe de Silva, general de las tropas sitiadoras (vid. *Relació verdadera de una carta que envià als sitiats de Lleida don Felip de Silva, general dels castellans...*, Gabriel Nogués, Barcelona, 1644, 4 fols. —BC, f. Bon. 6059—). La intención: persuadirles de que a sus puertas tenían el amparo y no el castigo.

armas había de volver a ser favorable. Es de destacar que tales misivas serían impresas: «*la presente, por ser forzoso valerse de ella en partes tan diversas y no dar lugar el tiempo a escribirla a mano, la hemos hecho imprimir como se ve*»³⁰. Dos líneas en blanco entre las letras de molde reservaban el espacio para hacer constar manuscritamente la identidad de los mensajeros de quienes los destinatarios habían de escuchar más cumplidamente las consignas llegadas de Barcelona. Nótese la conciencia de la eficacia de la imprenta como cauce de difusión amplia y rápida de mensajes.

Una práctica esta de aprovechar el papel impreso como cauce más eficaz de comunicación epistolar de la que ya tenemos constancia con anterioridad a 1644. En noviembre de 1642 tanto *consellers* de Barcelona como diputados y gobernador de Cataluña ponían a sus mensajeros, provistos de cartas impresas y aleccionados en las explicaciones a ofrecer, en camino de los lugares más expuestos a los «*halagos*» y «*persuaciones*» del enemigo³¹. En octubre de 1643, y concluyamos ya con este tipo de ejemplos, el virrey francés, mariscal La Mothe, hacía lo propio para advertir a todas poblaciones contra tales intentos de persuasión y para aconsejarles actuar contra los divulgadores de los mensajes felipistas³². Pero he aquí que tenemos constancia de que los jurados de Vila-rodona denunciaron ante el virrey que, «*por descuido del portador o por haberlo sobornado*»³³, la carta les había llegado glosada por algún desafecto al Cristianísimo, resultando los argumentos que se habían pretendido rebatir en la misiva apuntalados con nuevas razones. El procedimiento, por tanto, podía tener sus inconvenientes si los partidarios de Felipe IV, quintacolumnistas no por perseguidos menos activos, lograban hacerse en alguna medida con tan excelente cauce comunicativo.

4. DIFUSIÓN E IMPACTO DE LOS MENSAJES PROPAGANDÍSTICOS

He aquí la cuestión crucial. Inútil es insistir en la trascendencia del fenómeno de la persuasión como arma de guerra si no se es capaz de demostrar que los mensajes, tal como deseaban quienes los generaron, llega-

³⁰ Carta impresa de los diputados (5-X-1644), s. d., s. p. (BC, reserva impresa, 2-V-C 1/45). 1 fol. En lengua catalana. Su gran formato y el hecho de estar escrita a una sola cara nos hacen pensar que fue pensada para exponerse en público, a modo de cartel, en las poblaciones del Principado controladas por Francia.

³¹ Vid. la carta impresa de los *consellers* (16-XI-1642), s. d., 2 fols. (BC, f. Bon. 2817).

³² Vid. la carta impresa del virrey La Mothe (18-X-1643), s. d., 2 fols. (BC, f. Bon. 10940 bis).

³³ *Copia de una carta escrita per la ... vila de Vila Rodona al ... mariscal de la Motte ... en resposta de la que sa excel.lència fou servit escriurer-los...*, Jaime Matevat, Barcelona, 1644, s. p. (BC, f. Bon. 5938). 8 fols.

ron a los destinatarios e influyeron en sus actitudes. Se trata de una cuestión espinosísima, pero de obligado tratamiento en un artículo que aspira a ser digno de figurar en una revista de historia de la comunicación. Tres eran los grandes obstáculos con que podían encontrarse los mensajes impresos a la hora de alcanzar sus objetivos: la extensión del analfabetismo, la desconfianza o prevención de los receptores, el grado de control ejercido por el bando contrario sobre los cauces utilizados para hacerlos llegar a los destinatarios.

El primero de los obstáculos, la pertenencia de la inmensa mayoría de la población a una cultura fundamentalmente oral, quizá sea el de más peso. Obviamente, los textos dirigidos a la minoría letrada debieron hallar el deseado predicamento. De la *Proclamación Católica*, por ejemplo, conocemos que fue bien difundida y conocida en Europa³⁴. Que en Madrid, antes de mandarse recoger por la Inquisición y pasar a engrosar el corpus de lecturas prohibidas, se introdujo en los círculos aristocráticos contrarios a Olivares y que hubo quien dijo de ella «*que no parece obra de catalanes, sino de ángeles del cielo; es papel de grande erudición y muy conforme a la necesidad del tiempo*»³⁵.

Por lo que hace a los textos dirigidos a un consumo masivo (relaciones de hechos y gacetas), sin duda la extensión del analfabetismo fue una rémora importante. Pero, al menos por lo que hace al ámbito urbano, tenemos constancia de que tal difusión amplia pretendida se logró. Conocido es que en el Madrid de la época que nos ocupa las noticias eran leídas y consumidas en lugares públicos³⁶, del mismo modo que sabemos del vivo interés despertado por tales impresos³⁷. Igualmente, en Cataluña, en determinados momentos de la guerra de 1640-1652 y a juzgar por la abundancia de hojas impresas (ver tablas), debió existir una notable demanda de información. Demanda que, por lo elevado de las tiradas, que fácilmente alcanzaban los mil ejemplares, y, muy especialmente, por la práctica de la lectura en voz alta, sin duda derivó en una extraordinaria divulgación de las noticias. Y que la lectura en público, excelente modo de vencer las barreras del analfabetismo, fue una práctica común en la Cataluña de Luis

³⁴ Vid. ZUDAIRE HUARTE, Eulogio: *El Conde-Duque y Cataluña*, CSIC, Madrid, 1964, p. 384.

³⁵ *Memorial Histórico Español*, tomo XVI (Cartas de jesuitas), p. 47.

³⁶ Cfr. TOBAJAS, Marcelino: *El periodismo español (notas para su historia)*, ediciones Forja, Madrid, 1984, p.3 y ss.

³⁷ De la relación publicada en Madrid a principios de octubre de 1636 para narrar las espectaculares victorias recién obtenidas en Francia por las tropas españolas (bajo el título de *Sucesos y victorias de las católicas armas españolas e imperiales en Francia y otras provincias...*) conocemos que «*fue tanto el concurso de compradores que 600 de ellas se despacharon en menos de dos horas y fue necesario tornar a imprimir otro juego*» (*Memorial Histórico Español*, tomo XIII Cartas de jesuitas-, p. 482). De esta relación existió edición barcelonesa, a cargo del impresor Pedro Lacavallería (BC, f. Bon. 8967, 16 fols).

XIII y Luis XIV nos lo demuestra el siguiente testimonio, que extraemos de un folleto impreso en respuesta al difundido por los franceses como preludeo a la campaña catalana de 1654:

¿Por ventura pensabais que duraba el tiempo en que a diario se oían por las calles y plazas las cartas nuevas fingidas, las relaciones inventadas de sucesos propicios con que teníais engañada la sencillez del pueblo y en vilo a la gente de más estofa, cuando a vista de tantos predicadores y amotinados nadie se atrevía a decir lo contrario, temeroso del castigo que inhumano y riguroso se ejecutaba en quienes con sana intención mostraban la falsedad de lo que se publicaba por verdadero?³⁸

Se trata de una denuncia del férreo control ejercido sobre la información por Francia durante la década de los cuarenta que nos arroja luz sobre cómo fue fomentada entre los catalanes la devoción al Cristianísimo a través de formas de recepción comunitaria de mensajes. La publicación de relaciones que narraron las victorias de las armas del monarca galo y de cartas que ponderaron (ocultando los términos de las negociaciones con España, expresando el disgusto regio por los excesos de la soldadesca, prometiendo el envío de refuerzos y dinero...) su supuesto desvelo por los intereses del Principado o la instrumentalización de los pulpitos desempeñaron, en tal sentido, un papel de evidente importancia³⁹.

Pero ¿qué cabe decir de la difusión de los mensajes propagandísticos fuera del ámbito urbano? Demostrar que aquéllos llegaban a la población rural resulta una cuestión delicada. Parece lógico pensar que poemas y canciones en lengua catalana debieron ser el mejor modo de intentar lograr la identificación del campesinado, que había de soportar los alojamientos de tropas, con la causa francesa. De este tipo de literatura, que busca la propagación de noticias y consignas en el recurso al verso (fácil de memorizar —y de recitar o cantar—) y a un estilo sensacionalista (en que lo mordaz se mezcla con lo soez o lo atroz), tenemos constancia en folletos impresos a raíz de la recuperación de Salses (1640), la batalla de Montjuic (1641), la derrota del ejército de don Pedro de Aragón (1642), la rendición de Perpignan (1642), etc. Pero dilucidar hasta qué punto tales mensajes llegaron a las capas rurales resulta un enigma. No deja de ser una suposición no probada el decir, por ejemplo, que Joan Guardía, campesino que se refiere con

³⁸ *Copia de la resposta del amic en Catalunya a la carta que li escriu lo que es troba en Ros-selló*, s. d. [1654], s. p. (BC, f. Bon. 7609). 4 fols.

³⁹ De este modo la monarquía francesa habría intentado eliminar las reticencias de los catalanes ante el esfuerzo bélico, inculcarles una actitud de conformismo ideológico análoga a la fomentada entre sus vasallos de Francia a través de un sistema ritualizado de información (sistema que ha sido objeto de estudio por parte de FOGEL, Michele: *Les cérémonies de l'infonnation dans la France du xviiie au xviiiie siecle*, Librairie Arthème Fayard, París, 1989. Vid. particularmente las pp. 198-245).

ironía en su diario⁴⁰ al hambre pasada por la guarnición española de Perpiñán, conoció tales hechos por haber escuchado alguna de las canciones que se imprimieron para celebrar la caída de la plaza.

Por lo que hace a la posible prevención de los receptores hacia mensajes que pretendían ganarles para causas que llevaban aparejado el sufrimiento (fiscalidad agobiante, levass, alojamientos vejatorios...), hemos de dejar constancia de que, entre los miembros de la minoría social que controlaba el aparato persuasivo, existía una conciencia clara de la maleabilidad de la opinión de los estratos subalternos:

No hay acción tan mala que no se la pueda dar color de buena con algunas razones aparentes que se acostumbran publicar para procurar introducirla por tal en la opinión de los hombres, particularmente en los ingenios flacos, los cuales, discurriendo a su modo, suelen tomar los negocios al revés, no pudiendo hacer juicios sino proporcionados a su capacidad⁴¹.

Palabras escritas en 1635 para acusar a Francia de recurrir al arma ilícita del engaño, pero que revelan la creencia de que todo aquel que careciese de escrúpulos morales podía recurrir a la manipulación de conciencias de cara a la obtención de determinados fines. De la creencia a la acción sólo había un paso y tal paso lo dieron consciente y reiteradamente unos y otros en la Cataluña de 1635-1659.

Enlazando el tema de la receptividad popular con la tercera de las cuestiones planteadas al comienzo de este apartado, la lucha por el control de los cauces de comunicación de mensajes, hemos de referirnos a un testimonio de enorme valor. A principios del año 1642 los jurados de la Vilafranca del Penedés contemplaban contrariados cómo llegaba a sus manos una carta, fechada en Tarragona a 20 de enero, en que el marqués de la Hinojosa les ofrecía ampararles militarmente y les comunicaba que el monarca estaba predispuesto al perdón y a recuperar Cataluña evitando en lo posible el uso de la violencia contra sus vasallos. Los jurados considerarían el contenido de la misiva como un cúmulo de «*falsedades y trapazas que nos van urdiendo para intentar engañarnos con buenas palabras*»⁴², pero a la vez advertirían a los diputados del peligro que la acción persuasiva del enemigo suponía. Si bien ellos no se habían dejado convencer, no era esta

⁴⁰ Transcrito por PLADEVALL i FONT, Antoni y SIMON TARRÉS, Antoni: *Guerra i vida pagesa a la Catalunya del segle xvii*, Curial, Barcelona, 1986. Véase la referencia a las penurias de los sitiados en Perpiñán en la p. 64. Entre las anotaciones (1631-1673) de este «campesino letrado» de l'Esquirol (lugar de la Plana de Vic) pueden hallarse alusiones a la campaña de Salses (1639-1640), la batalla de Montjuïc (1641), la derrota del marqués de Leganés ante Lérida (1642), la caída de Lérida (1644) o el sitio de Barcelona (1651-1652).

⁴¹ *Respuesta de un vasallo de su majestad de los estados de Flandes...*, cit., p. 2.

⁴² BC, ms. 506, fo. 327 v.

la actitud de otros catalanes: «sería de muchísima importancia el privar bajo muy graves penas la comunicación de la gente de la tierra con los de Tarragona porque que de ella resultan muy graves inconvenientes, pues como éstos conocen el estado de los asuntos de la provincia y usan de tan buenas palabras engañan a todos los que hasta ellos llegan»⁴³. De análoga forma a como los felipistas se mostraron conscientes de que el vulgo barcelonés era fácilmente manipulado por las consignas del rival, en el seno del bando franco-catalán existió la conciencia del peligro que para sus intereses suponía el contacto de los paisanos con quienes tenían la habilidad de presentarse como sus defensores ante las vejaciones francesas⁴⁴. No en vano se dispondrían medidas drásticas para cortar tal vía de penetración de consignas orales, impresas o epistolares.

El 4 de febrero de 1642 el virrey de Cataluña, mariscal de Brezé, tomaba la decisión, inmediatamente publicada en las distintas poblaciones de Cataluña en forma de bando, de prohibir todo contacto con la zona controlada por los felipistas. Se vedaba cualquier tipo de intercambio comercial y, sobre todo, el proporcionar al enemigo vituallas y pertrechos o avisos orales, visuales o escritos sobre el estado de la provincia o del ejército francés, «so pena de ser considerado traidor al rey y a la patria y de muerte natural»⁴⁵. Todo aquel que fuese hallado a una legua de donde se estuviere el enemigo se haría merecedor de idéntica pena. Ante «la frecuencia de tan perniciosos delitos»⁴⁶ y el peligro de conspiraciones derivado de tales contactos, pregones posteriores insistirían en tales órdenes y ampliarían el ámbito de los actos penados. En 1645 se establecería la pena de muerte para todo aquel que, habiendo recibido cartas de la zona contraria, no denunciase el hecho ante la autoridad en el plazo de veinticuatro horas. No se consideraría como eximente de la pena el que tales cartas no lesionasen en nada los intereses del rey⁴⁷. En 1648 se anulaba la facultad de gobernadores de plazas y oficiales de guerra para autorizar el tránsito hacia la zona no controlada por tropas francesas⁴⁸. Y del rigor con que se actuó no ya sólo contra aquellos que, en el interior del Principado, recibían y divulgaban las consignas realistas o espiaban para Felipe IV, sino contra quienes actuaban de simples correos entre las plazas felipistas y la zona ocupada por los franceses, es descarnado testimonio la crónica de Miquel Parets (1626-1660)⁴⁹.

⁴³ Ibidem.

⁴⁴ En este sentido, los diputados de Cataluña, en la carta impresa a la que nos hemos referido anteriormente (cfr. supra, nota 30), manifestarían que, pese a haberse perdido Lérida, «la tibieza de algunos, que con razones aparentes y ligeras se dejan persuadir y engañar fácilmente, es la desdicha y peligro que más tememos» (s. p.)

⁴⁵ Pregón del mariscal de Brezé (4-II-1642), s. d., s. p. (BC, f. Bon. 126). 2 fols.

⁴⁶ Pregón del conde de Harcourt (28-XII-1645), s. d., s. p. (BC, f. Bon. 139) 2 fols.

⁴⁷ Idem.

⁴⁸ Pregón del cardenal Miguel Mazarino (16-IV-1648), s. d., 2 fols. (BC, f. Bon. 151).

⁴⁹ *Memorial Histórico Español*, tomo XXIV (pp. 96, 230 y 358).

Este esfuerzo de la autoridad virreinal francesa nos testimonia la existencia de una lucha tenaz por el control de los canales de comunicación de mensajes. No podemos hablar, desde el momento en que Cataluña se convirtió en pieza en disputa entre Francia y España, de que ninguno de los dos bandos lo consiguiese con plena eficacia. Aunque Francia controló las imprentas entre 1641 y 1652, los papeles estampados en Tortosa, Tarragona, Zaragoza, etc. fueron subrepticamente introducidos por los felipistas en la Cataluña ocupada. Pese a que estableció las drásticas prohibiciones a que acabamos de referirnos, no logró erradicar la persuasión oral o epistolar ejercida desde el exterior, ni eliminar la acción de los partidarios de Felipe IV en Cataluña⁵⁰. Aunque trató de hacer de los pulpitos un instrumento de creación de lealtades hacia el Cristianísimo⁵¹, la división y creciente desafección hacia Francia del estamento eclesiástico catalán hicieron inevitable la penetración de consignas felipistas por mediación de sus miembros. Del mismo modo, reintegrada Cataluña al seno de la monarquía hispánica, los intereses de Felipe IV seguirían amenazados por la existencia de partidarios ocultos de Francia en el Principado y por la circulación panfletos que pretendieron convertir los descontentos catalanes en un nuevo 1640.

CONCLUSIÓN

En la Cataluña de mediados del xvii dos monarquías se disputan por la fuerza de las armas un territorio. En el empeño la persuasión propagandística (que no deja de ser otra forma de violencia, de sometimiento, mental esta vez) juega un papel fundamental. La conciencia de que existe una opinión susceptible de ser movilizadada al servicio de determinados fines bélico-políticos (a través, p. ej., de la manipulación una información que, como en el caso de la Barcelona de 1641 y 1642, es hecha fluir febrilmente de las imprentas), la vehemencia con que se recurre a los sentimientos “nacionalistas” y religiosos de las audiencias a la hora de identificar al enemigo a batir, la insistencia con que Madrid habla de perdón y Barcelona de engaño..., vienen a corroborar aquel aserto.

⁵⁰ Como los que, en la noche del 10 al 11 de junio de 1643, irían dejando bajo las puertas de las casas de numerosos ciudadanos de Barcelona unos papeles cuyo texto consideraba llegado el momento (Luis XIII había fallecido recientemente) de cortar los vínculos con la monarquía francesa (BUB, ms. 211, ff. 108v.- 109).

⁵¹ En julio de 1644 Pedro de Marca, el ministro francés en Cataluña que más poder tuvo en lo tocante a cuestiones tanto civiles como religiosas, ordenaba a los superiores de las órdenes que en sermones y confesiones se animase a la población a guardar fidelidad al rey de Francia, instándoles, además, a castigar a aquellos clérigos que no observasen esta actitud. Vid. SANABRE, José: *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa (1640-1659)*, Real Academia de Buenas Letras, Barcelona, 1956, p. 289.

A la hora de suscitar lealtades hacia una causa, elevar la moral de los propios partidarios o sembrar la discordia en el bando contrario juega un papel fundamental la imprenta, ese excelente cauce para difundir mensajes con amplitud y rapidez. Quizá haya que buscar en los papeles impresos la manifestación más palpable y masiva de la lucha ideológica, pero ello sin dejar de tener presente que no constituyen la única. La información fluye (impresa, pero también de manera oral y manuscrita) y se intenta vehementemente que lo haga en beneficio del propio bando. La lucha por controlar los cauces de transmisión de mensajes se convierte, así, en una manifestación más de una pugna que no sólo se libra a estocadas y mosquetazos.

Hemos intentado demostrar que quienes patrocinaban la acción propagandística lo hacían en la certeza de que tenían en sus manos un arma de enorme eficacia y hemos traído a colación algunos testimonios que hablan de la receptividad que efectivamente determinados mensajes lograron sobre los estratos más crédulos e influenciados. Ahora bien, ¿en qué medida la acción ideológica influyó en el resultado de la guerra franco-española de 1635-1659? Quizá sea esta una pregunta sin respuesta. Sin duda la persuasión felipista, p. ej., facilitó el que en Cataluña fuesen cada vez más los que se inclinaban por la opción de la reconciliación con Felipe IV, pero no se nos ocurre el modo de calibrar exactamente hasta qué punto y empeñamos en hacerlo es posible que nos condujese a un error de simplificación de las causas que explican la recuperación de Cataluña. En todo caso, quede ahí ese interrogante como muestra de los muchos que se plantean entorno a un fenómeno, la utilización de propaganda de guerra en la monarquía de los Austrias, sobre el que todavía queda por arrojar mucha luz.

TABLA DE CLASIFICACIÓN DE LOS FOLLETOS PROPAGANDÍSTICOS DE LA COLECCIÓN «BONSOMS»

Órdenes de autoridades (pregones, circulares)

	1635-36	1637	1638	1639	1640	1641-52	1653	1654	1655	1656	1657	1658	1659
Virreyes españoles	—	<u>2</u> *	—	<u>5</u>	<u>4</u>	—	<u>2</u>	—	<u>2</u>	<u>1</u>	<u>1</u>	<u>2</u>	—
		640	1641	1642	1643	1644	1645	1646	1647	1648	1649	1650	1651-59
Virreyes franceses		<u>1</u>	—	<u>1</u>	<u>2</u>	<u>4</u>	<u>3</u>	<u>1</u>	—	<u>2</u>	—	<u>2</u>	—
					1635-39	1640	1641	1642	1643-59				
Diputación y Consejo de Ciento					—	<u>13</u>	<u>4</u>	<u>1</u>	—				

Folletos de carácter teórico-polémico

a) Patrocinados por la corte española, impresos en Barcelona

1635	1636-38	1639	1640-51	1652	1653-59
3	—	2	—	1	—

b) Patrocinados por la corte española, impresos fuera de Barcelona

1635	1636	1637	1638	1639	1640	1641	1642	1643	1644	1645	1646	1647	1648	1649-59
5	—	2	1	—	<u>4-1</u>	—	3	1	2	—	3	—	1	—

c) Franco-catalanes

1640	1641	1642	1643	1644	1645	1646	1647	1648-52
<u>14-7</u>	<u>14-7</u>	<u>6-1</u>	<u>2-2</u>	<u>5-2</u>	—	<u>1-2</u>	<u>1</u>	—

Hojas de noticias controladas por la corte española

a) Impresas en Barcelona

	1635	1636	1637	1638	1639	1640	1641-52	1653	1654	1655	1656	1657	1658	1659
Acerca de la guerra con Francia		7	15	2	<u>15-1</u>	8	4	—	—	—	1	—	—	1
Relativas al frente catalán	—	—	—	—	<u>1</u>	<u>4-1</u>	—	1	<u>1</u>	<u>1-2</u>	—	—	—	—

* Entiéndase que las cifras subrayadas se refieren a impresos escritos en lengua catalana.

b) Impresas fuera de Barcelona

	1635	1636-37	1638	1639-41	1642	1643-59
Acerca de la guerra con Francia	2	—	1	—	1	—

	1635-38	1639	1640	1641	1642	1643	1644	1645	1646	1647	1648-49	1650	1651	1652	1653	1654-59
Relativas al frente catalán	—	1	1	—	2	—	2	1	3	1	—	1	2	4	2	—

Hojas de noticias del bando franco-catalán

	1640	1641	1642	1643	1644	1645	1646	1647	1648	1649	1650	1651	1652
Sobre la <i>Guerra de los Segadores</i>	4	4-39	10-28	8	16	9-23	2-13	1-2	3	1	—	—	—
De alcance europeo	1	7-23	4-19	7-14	1-8	2-2	3	3	1	1	2	1	—

Cartas de la corte francesa

	1640	1641	1642	1643	1644	1645	1646	1647	1648	1649	1650	1651	1652
	—	7	9	4	1-7	1	1-2	—	—	5	—	1	—

Sermones o elogios fúnebres franco-catalanes

	1640	1641	1642	1643	1644	1645	1646	1647	1648	1649-52
	—	1-4	5	4-3	1-2	—	3	—	1	—